

UNAMUNO Y LA LITERATURA PORTUGUESA

«Pero a lo que me ha aficionado decididamente es a la literatura portuguesa. A la moderna, quiero decir.

Sin negar el valor de algunos de los clásicos portugueses, debo decir que, a mi entender, la literatura portuguesa, en cuanto merece leerse, data del siglo pasado, del período romántico, de la época de Almeida Garrett y de Herculano. Y creo que su verdadera edad de oro es la actual»¹.

Esto escribía Unamuno en 1907, después de haber conocido y hablado detalladamente con Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro, Teixeira de Pascoaes y otros escritores portugueses, que le introdujeron, por decirlo así, en otra literatura peninsular². Hasta su muerte, el rector de Salamanca continuará leyendo obras de autores portugueses y escribirá las reflexiones que le sugiera esta pasión de devorador de libros que le caracterizó³.

Su juicio, pues, sobre la literatura portuguesa de finales del siglo XIX y principios del XX no puede ser más claro: es la verdadera edad de oro. El juicio de Unamuno es acertado si en «edad actual» incluye a la «Geração de 70». Nosotros podemos emitir el mismo juicio después de un siglo; pero Unamuno evidentemente no podía tener esta perspectiva. Sin embargo, si en el concepto de «edad actual» (cuando Unamuno lo aplicaba) no se incluye a la «Geração de 70», esta opinión sería demasiado arriesgada, porque Unamuno no conoció las obras de Pessoa, Ferreira de Castro o Antonio Sérgio⁴. Parece que tampoco le entusiasmó la obra de Raúl Brandão, a pesar de las constantes invitaciones de Vitorino Nemésio para que

¹ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 189. Las citas que a lo largo de este estudio vamos a ofrecer están tomadas de las *Obras Completas* de este autor publicadas por Escelicer, 9 vols., Madrid, 1966-1971.

² Claro que, a pesar de lo que se ha dicho, la primera amistad lusitana de Unamuno, en el campo literario, de la que se conserva constancia, como se puede comprobar por su correspondencia, es la de Leite de Vasconcelos, cuyas cartas (conservadas en la recientemente inaugurada biblioteca de Unamuno en Salamanca) son de 1898 y, por el tono en que están escritas, suponen una amistad ya consagrada.

³ Hasta un año antes de su muerte y con ocasión de su último viaje a Portugal, continúa Unamuno escribiendo sobre literatura portuguesa. Son dos ensayos, escritos en 1935, que llevan por título *Nueva vuelta a Portugal* (OC, IV, pp. 1360-1364).

⁴ O por lo menos no habla de las obras de estos autores. Conoció algo de Pessoa, porque en la Casa-Museo de Unamuno se conserva una carta de aquél, en la que le habla del envío del primer número de la revista "Orpheu". También se conservan en el mismo lugar los *Ensaio*s de Sérgio, un escritor y pensador de gran prestigio en Portugal.

leyera a ese gran escritor⁵. Sí, en cambio, habla de Aquilino Ribeiro, en el artículo «Nueva vuelta a Portugal»⁶, al que saluda como un buen escritor⁷. La crítica literaria unamuniana se ejercita, con valoración muy positiva, principalmente en Antero de Quental, Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, João de Deus, Camilo Castelo Branco, etc., escritores que podríamos incluir en un primer grupo de preferencias unamunianas entre los escritores portugueses.

En un segundo grupo, conforme a la importancia que les concede Unamuno, incluiríamos a Eugenio de Castro⁸, Teixeira de Pascoaes, Almeida Garrett, Eca de Queirós, Alexandre Herculano, etc. Y los incluimos en un lugar secundario, a pesar de que los dos primeros son, junto con Guerra Junqueiro, los más grandes amigos que Unamuno cosechó en Portugal; y los dos últimos son de los pocos escritores portugueses a los que el vasco-salmantino dedicó sendos artículos⁹.

Un tercer grupo estaría constituido por los clásicos (Camões, D. Francisco Manuel de Melo, Fernão Mendes Pinto, etc.), a los que Unamuno, extrañamente, no concede importancia, y por los escritores considerados hoy de segunda fila (Tomás Ribeiro, Antero de Figueiredo, etc.).

Según esta clasificación —no conforme a los criterios de hoy, según veremos, pero basada en los ensayos unamunianos sobre literatura portuguesa¹⁰— podemos concluir sin riesgo de incurrir en inexactitudes que sus

⁵ Cf. las cartas, inéditas, de Vitorino Nemésio a Unamuno. Por otra parte, también en la Biblioteca de éste existen varias obras de R. Brandão (*Húmus, A Conspiração de Gomes Freire*, algunas obras teatrales, etc.). Y Unamuno las leyó, porque sobre ellas anotó pequeñas observaciones.

⁶ UNAMUNO, Miguel de: *Obras Completas*, Escelicer, vol. IV, Madrid, 1968, pp. 1363-1364. (Siempre citaremos por esta edición con la sigla OC). Son dos artículos con este título, publicados en "Agora", en 1935. Aquilino Ribeiro había publicado su primer libro, *Jardim das Tormentas*, en 1913. Entre estas dos fechas, el portugués escribió buena parte de sus mejores obras. Pensamos también que Unamuno debió conocer personalmente a A. Ribeiro, porque estaba casado con una hija del ex presidente Bernardino Machado, buen amigo del Rector de Salamanca, como lo prueban las cartas entre ambos.

⁷ Hemos hablado de estos escritores, porque, siendo muy relevantes en el contexto literario portugués, Unamuno parece casi desconocerlos en sus ensayos de crítica literaria lusitana.

⁸ Eugenio de Castro es el portugués con el que Unamuno mantuvo una correspondencia más intensa —al menos, del que más se conserva—. Sin embargo, esta amistad personal no se tradujo en una estima de primer orden por lo que a crítica literaria se refiere.

⁹ Son dos artículos —hasta ahora no incluidos en la *Obras Completas* de Unamuno— publicados en el *In Memoriam* de estos dos grandes escritores, según hemos podido comprobar en las cartas de Orlando Marçal y M. Cardoso Martha a Unamuno.

¹⁰ De los que destacamos: en *Por Tierras de Portugal y de España*, "Eugenio de Castro" (OC, I, pp. 183-187); "La literatura portuguesa contemporánea" (OC, I, pp. 188-192); "*Las Sombras*, de Teixeira de Pascoaes" (OC, I, pp. 193-200) y "Desde Portugal" (OC, I, 206-211); y en *Letras Portuguesas*, "Manuel Laranjeira" (OC, IV, pp. 1319-1325); "Sobre una sentencia de Antero de Quental" (OC, IV, pp. 1326-1331); "La tragedia de Inés de Castro" (OC, IV, pp. 1332-1336); "Primera visión europea del Japón" (OC, IV, pp. 1337-1340); "Doña Felipa de Lancáster" (OC, IV,

preferencias no obedecen a criterios puramente estético-literarios, sino a unas características bien delimitadas y que fueron constantes en la obra del pensador español¹¹.

a) Como primer rasgo se detecta la preferencia de Unamuno por escritores que podemos llamar *agonistas* —o, como también se les conoce en Portugal, con el nombre de *vencidos da vida*—, entre los que debemos destacar al mentor ideológico de la «Geração de 70», Antero de Quental, el, para Unamuno, siempre «trágico Antero»¹², el gran sonetista, cuya, «alma puede ponerse junto a las de Thomson (el del siglo pasado), Sénancour, Leopardi, Kierkegaard y los más grandes desesperados»¹³, y al que leía para envenenarse: «¡Qué bien me vendría ir al más olvidado rincón de esa su tierra tan dolorosa pero para mí tan sedante, y echarme al pie de un pino y ver pasar las nubes por entre sus ramas! Pero en vez de eso me enveneno, es decir, leo a Obermann, a Vigny, a Amiel, a Quental, a Kierkegaard, a Pascal, a Thomson... a todos los que pasaron con la conciencia del destino»¹⁴. Precisamente algunos de éstos son considerados por el propio Unamuno como sus grandes maestros¹⁵, aunque es Antero,

pp. 1341-1343); "Sobre la tragedia del príncipe Constante" (OC, IV, pp. 1344-1348); "En memoria de Guerra Junqueiro" (OC, IV, pp. 1349-1352); "El soñar de la Esfinge" (OC, IV, pp. 1353-1355); "¡San Pablo y abre España!" (OC, IV, pp. 1356-1358) y "Nueva vuelta a Portugal" (OC, IV, pp. 1359-1364).

¹¹ Como acertadamente ha señalado el profesor Bustos Tovar (*Miguel de Unamuno, "poeta de dentro a fuera" (Análisis semico del poema "Castilla")*), en "Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno", núm. XXIII, Universidad de Salamanca, 1973, p. 71) y como principio aclaramos que en Unamuno tienen más importancia los criterios éticos que los estéticos al juzgar una obra literaria.

¹² "¿Quién no conoce ya esta trágica figura de Antero de Quental, el autor de los inmortales sonetos, la más trágica figura de nuestra literatura ibérica, incluyendo en esta la castellana, la portuguesa, la catalana y la gallega? ¿Quién no conoce a aquel hombre cuya fórmula era 'un helenismo coronado por budismo?'" (*Letras portuguesas*, OC, IV, p. 1329).

¹³ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 190. Los textos en que habla de Antero como uno de los grandes desesperados de la humanidad —Antero se suicidó— son constantes. Veamos, por ejemplo, el siguiente: "Antero, con sus hermanos Obermann, Thomson, Leopardi, Kierkegaard —no más intensos en la desesperación que él— duerme para siempre. Su corazón libertado ya, duerme su sueño en la mano de Dios, en su mano derecha, eternamente" (Id., *ibid.*, p. 244).

¹⁴ Carta a Laranjeira, 17-III-1911.

¹⁵ El mismo dice a este respecto: "Me creo, no sé si con razón, un espíritu bastante complejo; pero podría señalar a Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi, Tolstoi como mis mejores maestros, uniendo a ellos los pensadores de dirección religiosa y los líricos ingleses" (*Principales influencias extranjeras en mi obra*, OC, IX, p. 818). Esto escribió Unamuno en 1901, cuando todavía conocía muy poco la literatura portuguesa, en la que entonces le estaba iniciando Guerra Junqueiro y un poco —suponemos— le había iniciado Leite de Vasconcelos. Muy poco debía conocer entonces Unamuno la obra de Antero de Quental cuando en *Principales influencias extranjeras en mi obra* cita como maestros a Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi y Tolstoi, *hermano* —según el mismo Unamuno— del portugués, y no cita a éste. Por otra parte, leyó a Antero después de los 35 años —recordemos que Unamuno nació en 1864—, cuando ya el pensador español estaba ideológicamente *formado*. Sin embargo, urgen reivindicar la influencia anterior

para el agonista salmantino, el más hondo en su desesperación: «Esa su tierra me atrae y me atrae sobre todo por sus desgracias y su abatimiento. Suelo decir que es una especie de gran tumor que ha permitido el desarrollo de los más profundos e íntimos genios de la desesperación más o menos resignada como Antero, Camilo, Soares dos Reis y otros. El pesimismo de Schopenhauer me parece una posición de burgués egoísta y satisfecho, el de Hartmann una pedantería de alemán. Acaso ni el de Leopardi y el de Sénancour son tan sinceros y hondos como el de Antero»¹⁶. Kierkegaard, en efecto, influyó poderosamente en el trágico portugués, aunque fuera Hegel, al principio, quien dejó más honda huella en él, huella que siempre conservará. Antero, al que Unamuno no considera un artista¹⁷, dice de sí mismo que fue «sempre mais poeta do que filósofo», fue el jefe incontestado de la famosa «Geração de 70». El programa que se propuso como modelo de acción estuvo siempre lleno de esperanzas, de innovaciones, de anhelos y de luchas: «Quería reformar tudo, eu que nem estava a meio caminho da formação de mim mesmo. Consumi muita actividade e algum talento merecedor de melhor emprego, em artigos de jornais, em folhetos, em proclamações, em conferencias revolucionárias»¹⁸. Pero, como Unamuno, y al contrario del socialismo marxista que invertía los términos, Antero quería reformar el mundo a través de la reforma del hombre. Antero, que al principio siguió el marxismo, se refugió, desengañado y pretendiendo la reforma social del individuo, en el misticismo¹⁹: «Achei que o misticismo, sendo a última palavra do desenvolvimento psicológico, deve corresponder, a não ser a consciência humana uma extravagância no meio do universo, à essência mais funda das coisas»²⁰. También como Unamuno, Antero es poeta y pensador actual. La crítica los estudia cada día con más ardor. Sólo así se explica que estudiosos de formación tan dispar como Antonio Sérgio, Leonardo Coimbra, Joaquim de Carvalho, Antonio Sardinha, Fidelino de Figueiredo, Vieira de Almeida, Feliciano Ramos y tantos otros, hayan encontrado en él objeto profundo e ininterrumpido de estudio, porque su voz aún no se ha apagado.

Al principio sufrió la influencia de Hegel, contra el que después va a

sobre Unamuno, influencia pocas veces referida por los estudiosos de Unamuno; solamente J. García Morejón (*Unamuno y el sentimiento trágico de Antero de Quental*, CCMU, núm. XI, Facultad de Filosofía y Letras, Salamanca, 1961, pp. 27-65) ha tratado con alguna profundidad este aspecto.

¹⁶ Carta a Laranjeira, 8-X-1908.

¹⁷ «Quental es otra cosa. Los famosos sonetos de Antero de Quental... son algo duro y huesoso con frecuencia: el elemento conceptual y abstracto aparece muy descarnado no siempre bien recubierto por la fantasía. Pero ¡qué hondura de desesperación! ¡qué intensidad de congoja religiosa!» (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 190).

¹⁸ *Cartas de Antero de Quental*, Imprensa da Universidade, Coimbra, 1921, p. 4.

¹⁹ Evidentemente un misticismo muy particular.

²⁰ *Cartas de Antero de Quental*, p. 11.

reaccionar; no obstante, siempre conservará algo del alemán. Pero fue Kierkegaard quien dejó una impronta más fuerte en el mentor ideológico de la «Geração de 70». Michelet, Quinet y, sobre todo, Proudhon —la izquierda hegeliana— dejan profunda huella en su actitud revolucionaria. De ellos y de su propia experiencia obrera como tipógrafo en París, creó en Portugal la «Associação Internacional dos Trabalhadores». Pero el azoriano llegó a un resultado que no está de acuerdo con las ideas de la izquierda hegeliana, ni con las corrientes socialistas de su tiempo. Antero creía sobre todo en la moral y en la ética: el hombre debía perfeccionarse a sí mismo y, de este modo, construir un mundo de bondad que liberraría a los otros hombres. Como hemos dicho antes, quería reformar el mundo a través de la reforma del hombre. Kierkegaard, refugiándose en su mundo interior, y Marx, construyendo una filosofía de la acción, produjeron la antinomia de Antero-especulación y Antero-praxis. Esta antinomia lo llevó al suicidio²¹. «La evolución dolorosa que terminó con su último soneto, este largo y tempestuoso viaje a través del mar tenebroso de la fantasía metafísica...», dijo hablando de él su amigo Oliveira Martins, el historiador, trágico también»²².

Oliveira Martins, también agonista —o, al menos, pesimista²³— es quizás de todos los portugueses, el más admirado por Unamuno²⁴. Y esto por dos razones: una, por sus geniales concepciones: «En sus breves páginas se encuentra más doctrina, más sociología y más psicología que en muchos tomos cargados de noticias»²⁵; y otra, sobre todo, por ser un verdadero artista: «... Oliveira Martins, de quien Menéndez y Pelayo decía que fue el historiador más artista que ha tenido la Península en el pasado siglo, y yo creo que el único historiador artista de ella. El más artista y el más penetrante. Su fantasía llegó a profundidades a que la fatigosa y la fatigada ciencia de otros no ha llegado»²⁶. Este juicio será repetido hasta la

²¹ Para la formación, pensamiento y bibliografía de Quental creemos de gran utilidad las siguientes obras: SILVA, Lúcio Craveiro da: *Antero de Quental. Evolução do seu Pensamento Filosófico*, Livr. Cruz, Braga 1959, y CARREIRO, J. Bruno: *Antero de Quental. Subsídios para a sua Bibliografia*, 2 vols., Lisboa, 1948.

²² *Sobre una sentencia de Quental*, OC, IV, p. 1329.

²³ «Oliveira Martins era un pesimista, es decir, era un portugués. El portugués es constitucionalmente pesimista; él mismo nos lo repite» (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 207).

²⁴ Aunque ninguno de los numerosos artículos de Unamuno sobre temas portugueses esté dedicado al famoso historiador, lo cierto es que lo cita abundantemente. Junto con Junqueiro y Quental, Oliveira Martins es el portugués más citado por el rector de Salamanca.

²⁵ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 192. Y continúa Unamuno: «No conozco ninguno de los famosos estudios de personajes de Taine, sus estudios sobre Robespierre, Danton, Marat, Napoleón, en los *Origines de la France Contemporaine*, sobre los poetas ingleses, sobre Lafontaine, sobre Balzac, etc., que supere al estupendo capítulo de la *História da Civilização Ibérica*, en que Oliveira Martins estudia a Iñigo de Loyola».

²⁶ Id., *ibid.*, p. 192.

saciedad por el agonista vasco-salmantino²⁷. «Su *História da Civilização Ibérica* debería ser un breviario de todo español y de todo portugués culto, y no debía haber tampoco americano, de los que tan a menudo buscan en nuestra historia y casta los antecedentes de la suya, que no conociera este libro admirable»²⁸. No desperdiciará oportunidad de ensalzar al gran historiador, a quien creemos que no conoció personalmente²⁹. Aunque, como ya hemos dicho, ningún artículo de Unamuno está dedicado por entero a Oliveira Martins, la debilidad que éste le profesaba se puede comprobar en muchos de ellos; y no sólo esto, sino que lo ensalzaba cuando era necesario³⁰, como corresponde a un historiador genial.

¿Y Guerra Junqueiro? ¿Qué es para Unamuno también sino un agonista? «Conoceréis muchos su *Morte de D. João*, su *Velhice do Padre Eterno*, y, sobre todo, *Os Simples* y *Pátria*. En estos dos poemas se encierra el alma de Portugal, del Portugal campesino, resignado y sencillo en el primero, y del Portugal heroico y noble en el segundo, que es una obra dantesca»³¹. Quizás sea el portugués más admirado por Unamuno, desde el punto de vista de su peculiaridad como persona. Nos referimos aquí a las extraordinarias cualidades de orador —incluso sin auditorio— del portugués y que tanto admiraba Unamuno. Y a propósito de Guerra Junqueiro conviene recordar las palabras del profesor Bustos sobre las tantas veces pretendida y criticada arrogancia monologante de Unamuno: «Ya va siendo hora de revisar la típica imagen de un Unamuno egocéntrico, energúmeno monologante, incapaz de escuchar. Testigo de lo contrario

²⁷ “Y Oliveira Martins no me parece como a Menéndez y Pelayo, el historiador más artista que dio en pasado siglo la Península Ibérica, sino el único historiador de ella, que merece tal nombre. Es decir, algo más grande y más hondo que un artista. Este hombre es una de mis debilidades. ¡Cuánto he aprendido en esa su obra triste [*Portugal Contemporâneo*], como él mismo la llama” (Id. *ibid.*, p. 207). En el ensayo *Doña Felipa de Lancaster* viene a decir lo mismo: “Quien haya leído *Os Filhos de D. João*, de J. J. Oliveira Martins, que nuestro Menéndez y Pelayo reputaba como la mejor obra de aquél a quien llamó el historiador más artista de la Península —nosotros creemos que el único verdaderamente artista y hasta poeta—, quien haya leído esa obra admirable...” (OC, IV, p. 1341).

²⁸ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 192.

²⁹ De 1895 son las *Cartas Peninsulares*, resultado de un viaje del lusitano por Salamanca, Toro, Medina del Campo, Valladolid y Zamora. Podemos afirmar, casi con absoluta seguridad, que en Salamanca no se encontró con Unamuno, ciudad en la que éste vivió desde 1891 hasta su muerte (1936). De haberse conocido en esta ciudad, el hispanófilo o el lusófilo —los dos grandes iberistas— habrían hecho más de una referencia a este encuentro, sobre todo el español (como sucede con Guerra Junqueiro, con el que Unamuno dialogó innumerables veces en Salamanca, según él mismo cuenta).

³⁰ “Recuerdo la cómica sonrisa de un amigo mío, cuando le dije que Oliveira Martins, el portugués, había sido uno de los más grandes historiadores artistas del pasado siglo, tan grande como Michelet, o Taine, o Macaulay, o Carlyle, y que Camilo Castelo Branco es un novelista tan grande como los más grandes de Europa. ¿Un portugués? —parecía callarse— ¿Un portugués? ¡Cualquier cosa!” (OC, VI, p. 780).

³¹ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 192.

fue Gómez Moreno durante su estancia en Salamanca»³². Y Guerra Junqueiro, añadiríamos nosotros. Ambos paradojistas pasaban largas horas de conversación. Claro que Junqueiro era más monologuista que Unamuno: «Guerra Junqueiro era un *causeur* extraordinario. ¿Conversador? Conversador propiamente, no. Era un monologuista. Y si dialogaba era con Dios. Y es que necesitaba hablar, tomando a su oyente —no interlocutor— de, ¡oh amado Teótimo!, para ir limando, modelando, plasmando sus poemas. Se le ocurrían las metáforas, las antítesis, los epifonemas, las paradojas poéticas, mientras hablaba. Y tomaba una observación, una interrupción del oyente y la transformaba. Le he oído frases poéticas que no eran sino la regeneración de otras que me había oído a mí. Y nuestra amistad nació el día mismo en que queriendo tomarme de oyente se encontró con un interlocutor y nos pusimos al nivel»³³. ¿De qué hablaban estos dos hermanos? Los artículos de Unamuno son elocuentes en este sentido. Unamuno tenía muy en cuenta las observaciones del autor de *Pátria*; le cita a cada paso para concordar con él³⁴. Los admirables monólogos que se le oían al portugués en circunstancias especiales de su vida y de la vida nacional sorprendían a todos por el esplendor de su elocuencia. Conversando, perorando, la elocución de Junqueiro siempre era elegante. Sus palabras tenían forma acabada y el poder de sugestión de su obra escrita es inferior al de su obra hablada, porque él era un predicador, un vate, un inspirado. Según atestiguan sus contemporáneos, se puede juzgar que, al escucharlo, parecía estar declamando; sólo los que convivieron con él sabían con certeza que todo era espontáneo. Algo parecido sucedía con Unamuno, otro predicador, aunque en el don de la palabra era superior el portugués; de ahí la admiración que por él siempre sintió el español. Por esto y porque, según Unamuno, Junqueiro era un extraordinario poeta³⁵, ambición que Unamuno siguió apasionadamente y que también consiguió, éste le ensalzó en los términos más encendidos.

³² BUSTOS TOVAR, Eugenio de: *Miguel de Unamuno "poeta de dentro a fuera"* (*Análisis sémico del poema "Castilla"*), en "Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno", núm. XXIII, Universidad de Salamanca, 1973, p. 87.

³³ *En memoria de Guerra Junqueiro*, OC, IV, p. 1350.

³⁴ Además de las innumerables citas esparcidas a lo largo de la obra ensayística de Unamuno, tres de los ensayos de éste están dedicados al portugués: *En memoria de Guerra Junqueiro*, OC, IV, pp. 1349-1352; *Turrieburnismo*, OC, VII, pp. 1272-1273, y *Un recuerdo de Guerra Junqueiro*, OC, VIII, pp. 499-500. Junqueiro es el escritor portugués al que, en conjunto, dedicó Unamuno más cálidos elogios.

³⁵ "... como me decía una vez Guerra Junqueiro, el más grande lírico portugués entre los vivos y uno de los mayores hoy..." (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 189); "Porque él, Guerra Junqueiro, era un puro poeta, nada menos que todo un poeta. No era otra cosa y poeta además. No se es poeta verdadero "además". Era además lo otro que fuese" (*En memoria de Guerra Junqueiro*, OC, IV, p. 1349); "En el maravilloso poema *Pátria*, la obra más desigual, pero también la más intensa y más robusta del más grande de sus poetas vivos —y uno de los pocos, poquísimos, que en esta época tan poco poética quedan en Europa toda—, de Guerra Junqueiro, las estrofas más vibrantes..." (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 184).

Otro de los grandes agonistas portugueses —también suicida—, al que Unamuno conoció personalmente, fue el médico de Espinho, Manuel Laranjeira. Aunque su obra escrita es muy reducida³⁶, el *Diário* es un libro propio de los más grandes agonistas de la humanidad. Claro que Unamuno no conoció este diario, sino su conversación³⁷ y sus cartas³⁸, de las que Unamuno reprodujo dos, casi completas, en *Por Tierras de Portugal y de España*³⁹. Leamos la caracterización que de este *vencido da vida* hace Fidelino de Figueiredo: «No norte de Portugal, em Espinho principalmente, viveu de 1877 a 1912 um homem de aguda sensibilidade intelectual e brava independência de carácter, o médico Manuel Laranjeira: curta vida de luta e amargura —Luta com uma doença nervosa— de quem quer viver em harmonia com a sua concepção da vida e esbarra em obstáculos intransponíveis. Ao seu drama não deveria ter sido estranha uma certa abulia mórbida. Não era um homem de laboratório. Era um amigo das ideias gerais e um curioso dos aspectos dramáticos da existência. A medicina proporcionou-lhe materiais para a sua interpretação pessimista do homem: um escravo das suas míseras limitações físicas: O seu temperamento pessoal e a exacerbação da doença explicam o resto: a coragem triste do suicídio»⁴⁰. Algunos de los párrafos de las cartas del agonista portugués al español los hubiera firmado éste a gusto: «Tem razão: a paz —sobretudo a paz interior— é uma mentira para nós... e creio até que para todos os homens. De resto, se os homens soubessem que, quando a paz entra no espírito, a morte não está longe— talvez a não desejassem tanto. A vida é dolorosa e a verdade é amarga. Mas que importa? Fazemos como os místicos, que, de tanto abraçarem o sofrimento, chegaram ao culto da dor. Eu por mim ja me habituei de tal modo ao sabor vene-

³⁶ En 1912, año de su suicidio, sólo existían impresas estas obras: el prólogo dramático *Amanhã* (1902); su tesis de doctorado, *A Doença de Santidade* (1907); *A Cartilha Maternal* y la *Fisiologia* (1909) y el libro de versos *Comigo* (1912). A su muerte se encontraron manuscritas tres obras de teatro: *As Feras*, *Naquele Engano de Alma* y *Almas Românticas* (incompleta). En 1943 fue publicado el volumen póstumo *Cartas de Manuel Laranjeira*; y en 1957 y 1958, respectivamente, *Diário Íntimo* y *Prosas Perdidas*.

³⁷ El 10 de agosto escribe Laranjeira: “Hoje todo o dia conversando com Unamuno...”; el 11: “Todo o dia Unamuno. Dicute-se, conversa-se, tranquilamente”; el 12: “Unamuno ainda. O reitor de Salamanca está em dia de confissão. Confessa-se comigo...”; el 13: “De dia Unamuno...”; el 14: “Ainda Unamuno. Não compreendo a afectuosidade desta criatura por mim...”; el 15: “Unamuno ainda”. El 16 le dan la noticia de la salida brusca para Bilbao del Rector de Salamanca, por la súbita muerte de su madre.

³⁸ De Laranjeira se conservan nueve cartas en la Biblioteca de Unamuno, interesantísimas y bastante extensas. Unamuno escribe a Teixeira de Pascoaes: “En Espinho conocía a un hombre interesantísimo y muy inteligente, el Dr. Laranjeira. Sus cartas son admirables” (Carta del 1-I-1909).

³⁹ Se trata de la carta del 11-XI-1908, que apareció en “La Nación” (Buenos Aires) el 8-IV-1912, en el artículo titulado *Un pueblo suicida* (OC, I, pp. 244-249); y la otra en el artículo *Manuel Laranjeira* (OC, IV, pp. 1319-1325).

⁴⁰ FIGUEIREDO, Fidelino de: *Cultura Intervalar*, Imprensa da Universidade, Coimbra, 1944, pp. 82-83.

noso da verdade, que ela para mim hoje constitui um tóxico indispensável»⁴¹. O este fragmento de una carta dirigida también a Unamuno, poco después de la muerte de la madre del español: «V. tem razão: coisas da vida e da morte. Não sei mesmo se são mais felizes os que vão ou os que ficam. Creio que quem fica é mais desgraçado. Morrer não custa. O que é trágico, o que é horrível, é ver secarem-se as raízes que nos prendem à terra. Não são os outros que morrem: É uma porção de nós mesmos. Mas não vale a pena filosofar estas coisas. O remédio é aceitá-las. A vida não se discute, suporta-se»⁴². Párrafos del agonista portugués muy parecidos a otros del agonista español.

Unamuno amaba a los grandes sentidores, como Camilo, como Antero, como Laranjeira. «He conocido pocos hombres que hayan juntado a una inteligencia más clara y más penetrante un sentimiento más hondo. Y por eso sucumbió. En él, como en Antero, la cabeza y el corazón riñeron recia batalla. Fue un grande, un muy grande pensador, pero fue acaso un sentidor más grande aún»⁴³. Su único libro de versos, *Comigo*, nos lo confirma; de él dice Unamuno: «Es un libro de sabiduría, pero de sabiduría fatídica. Es una colección de diecinueve poesías, y de ellas nueve sonetos. Los sonetos, sobre todo, recuerdan los trágicos sonetos de Antero de Quental, otro suicida»⁴⁴. Antero, Camilo, Soares dos Reis, Trindade Coelho, Laranjeira y tantos otros sentidores portugueses («esa raza de suicidas portugueses») protestaron con la muerte mientras otros, no menos sentidores, seguían protestando con la vida⁴⁵.

b) El segundo grupo de preferencias temáticas, según los criterios unamunianos, lo constituyen los escritores que llamaremos *portuguesistas*, entendiendo por tales los que mejor reflejan el modo de ser portugués. Y español también, porque las semejanzas entre ambos pueblos son muchas.

Portuguesista e iberista es Camilo Castelo Branco, «el que nos ha dado en sus novelas toda el alma trágico, fatídica, patética de Portugal»⁴⁶; Camilo, el más portugués de los escritores portugueses («leer a Camilo es

⁴¹ Carta a Unamuno, 11-I-1909.

⁴² Id., *ibid.* El español publicó, traducidos, fragmentos —cartas casi completas— de Laranjeira, como acabamos de ver.

⁴³ «Prólogo» a *Cartas de Manuel Laranjeira* (Portugália Editora, Lisboa, 1943), OC, VIII, p. 1013.

⁴⁴ *Manuel Laranjeira*, OC, IV, p. 1320. Y hablando de estos sonetos dice Unamuno: «¡Y tantos sonetos cuya inspiración [yo] le debía a él, a mi amigo, en gran parte» (*Cartas de Manuel Laranjeira*, OC, VIII, p. 1013).

⁴⁵ Las palabras de Unamuno son: «Y predije muchas veces cuál había de ser su muerte [de Laranjeira]. He acertado, no sé si por desgracia o por fortuna. Lo que sé es que mientras unos protestan con su muerte otros protestaamos con la vida. Y seguimos esperando en que un día se rompa el misterio» (*Manuel Laranjeira*, OC, IV, p. 1320).

⁴⁶ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 254.

viajar por Portugal, pero por el Portugal de las almas»⁴⁷; «el portu- guese- sísimo novelista Camilo Castelo Branco»⁴⁸; Camilo, el tan español como portugués⁴⁹; Camilo, el autor de *Amor de Perdição*, «el suicida Camilo»⁵⁰, «el gran Camilo, el escritor aquí más popular, el de los terribles sarcasmos, el que vivió y luchó solo, manteniendo contra todos enhiesta la bandera del ultrarromanticismo»⁵¹. Es, según Unamuno, el escritor de Hispania que mejor ha sabido plasmar el alma ibérica y el excentricismo amoroso de la Península.

También a Oliveira Martins, uno de los grandes iberistas portugueses —y, por eso mismo, *portuguesista*— y del que ya hemos hablado suficien- temente en el apartado de los agonistas, podemos incluirlo en el grupo de los que mejor caracterizaron el alma lusitana e ibérica: «Su *História da Civilização Ibérica* debería ser un breviario de todo español y de todo portugués culto (...). En vez de repetir los lugares comunes respecto a lo que fue el alma española en los tiempos del descubrimiento y conquista de América, bueno fuera ir a buscar en libros como el de Oliveira Martins riquísimas sugerencias»⁵².

¿Y Antonio Nobre? ¿Quién mejor que él nos transmite ese tono de tristeza y de ensueño del alma lusitana? *Só* es un libro característico de la tristeza y la *meiguice* portuguesas: «Este tono de tristeza, ya os lo dije otra vez, es característico de la literatura portuguesa. Lo encontraréis di- luido en las vagarosas sonaciones de Nobre, que tanto influyó un tiempo en la juventud portuguesa; aquel Antonio Nobre, autor de un soneto, de un soneto de la más amarga desesperanza patriótica; de aquel soneto que acaba: «Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!»⁵³.

Eugenio de Castro, un escritor hoy bastante olvidado, pero uno de los

⁴⁷ Id., *ibid.*, p. 239.

⁴⁸ Id., *ibid.*, p. 230.

⁴⁹ «Hablando de Camilo Castelo Branco, me decía una vez Guerra Junqueiro que Camilo, aquella alma tormentosa y apasionada, fue más español que portugués, que a las veces hay en él lo fúnebre quevediano. Y a mí, en efecto, me sorprende cómo su *Amor de Perdição* no se ha hecho hasta ahora popular en España —sos- pecho que sería traducido cuando en 1861 se publicó—, pues me parece la novela de pasión amorosa más intensa y más profunda que se haya escrito en la Península y uno de los pocos libros representativos de nuestra común alma ibérica. Ramalho Ortigão, crítico cultísimo, decía en un estudio sobre Camilo que lo novelesco de éste es transportado a las condiciones de la vida contemporánea, lo novelesco de los españoles del siglo XVII. «Procede —dice— inicialmente de la dinastía de los «Amadises» y de los «Palmerines», y participa del genio peninsular de toda la literatura poética subsiguiente; del lirismo contemplativo de Santa Teresa, del mis- ticismismo dramático de Calderón y de Lope de Vega, de Hurtado de Mendoza y de Quevedo». Y ¿cómo este hombre, tan representativo y tan fecundo, es entre nosotros tan desconocido? ¿Le llegará, aunque tarde, su día, como le ha llegado a Eça de Queirós, superiores uno y otro en intensidad y en profundidad a cualquiera de nuestros novelistas españoles contemporáneos?» (Id., *ibid.*, pp. 190-191).

⁵⁰ Id., *ibid.*, p. 248.

⁵¹ Id., *ibid.*, p. 345.

⁵² Id., *ibid.*, p. 192.

⁵³ Id., *ibid.*, p. 190.

más grandes amigos portugueses del rector salmantino, es alabado por éste⁵⁴, por el sentimiento netamente portugués que rezuman sus obras. Castro fue muy influenciado por la poesía francesa de la época, pero no por eso su espíritu lusitano se ocultó: «Pero no supieron ver esto sus compatriotas, que lo encontraban poco castizo, cómo por debajo de las galas de la literatura que llamaré internacional, palpita el espíritu más arraigadamente portugués»⁵⁵.

Teixeira de Pascoaes, su gran amigo («mi Teixeira de Pascoaes», dice Unamuno) y con el que convivió «en aquel rincón de su Amarante en medio del Portugal campesino y sencillo, padre del Portugal navegante y heroico»⁵⁶, es otro de los *portuguesistas* más representativos⁵⁷. El se propuso renovar, basado en el más genuino lusitanismo, la decadencia y degradación morales de su patria, a principios del actual siglo, a través sobre todo de *A Águia*⁵⁸, la revista órgano de la «Renascença Portuguesa», de la que fue director de 1912 a 1916, su período más fecundo. Pascoaes, teorizador del «saudosismo», se proponía «revelar a alma portuguesa a todos os portugueses» y definía «a saudade no seu sentido profundo, verdadeiro, essencial, isto é, o *sentimento-ideia*, a emoção reflectida, onde tudo o que existe, corpo e alma, dor e alegria, amor e desejo, terra e céu, atinge a sua unidade divina»⁵⁹. Los propósitos de renovación de Teixeira de Pascoaes no tuvieron el eco deseado, quizás porque quería la reforma del individuo a través de la sociedad y no al revés, como Antero y Unamuno⁶⁰.

c) El tercer grupo de preferencias unamunianas —siempre detrás de los otros dos— por lo que a literatura portuguesa se refiere, lo constituyen los escritores *artistas*. Ya hemos dicho que a Unamuno le interesan más

⁵⁴ A Eugenio de Castro dedica Unamuno un "Prólogo" a la versión castellana de su poema *Constança*, en versión de Francisco Maldonado (OC, VIII, pp. 1014-1017), y el ensayo *Eugenio de Castro*, primero de los incluidos en el libro *Por Tierras de Portugal y de España* (OC, I, pp. 183-187).

⁵⁵ Id., *ibid.*, p. 186.

⁵⁶ Id., *ibid.*, p. 194.

⁵⁷ Sobre dos de sus libros escribe Unamuno sendos artículos: "*Las Sombras*", de *Teixeira de Pascoaes*, en *Por Tierras de Portugal y de España* (OC, I, pp. 193-200) y *¡San Pablo y abre España!* (OC, IV, pp. 1356-1358).

⁵⁸ *A Águia*, revista de "literatura, arte, ciência, filosofia e crítica social", se publicó de 1910 a 1932 y desempeñó, como órgano de la "Renascença Portuguesa", un relevante papel en la vida intelectual portuguesa del primer cuarto de siglo actual. Pascoaes, en sus cartas, habla de ella repetidamente a Unamuno; sin embargo éste parece que no prestó demasiada atención a dicha publicación.

⁵⁹ Y continuaba esta revista (núm. 1, 2.^a serie): "O fim desta revista, como órgão da 'Renascença Portuguesa', será, portanto, dar um *sentido* às energias intelectuais que a nossa Raça possui; isto é, colocá-las em condições de se tornarem fecundas, de poderem realizar o ideal que neste momento histórico abraza todas as almas sinceramente portuguesas". Las metas que marcaba eran: "Criar um novo Portugal ou melhor ressuscitar a Pátria portuguesa, arrancando-a do túmulo onde a sepultavam alguns séculos de obscuridade física e moral em que os corpos de-finharam e as almas amorteceram".

⁶⁰ Claro que éstos también fracasaron *socialmente*, aunque hayan sembrado la inquietud a nivel individual.

los criterios éticos que los estéticos. Sin embargo, tampoco desdeñó nunca este aspecto al enjuiciar obras literarias. Pero un escritor como Antero de Quental, al que tanto admiró por la fuerza y hondura de su pasión agonista, no puede merecer para él el epíteto de artista⁶¹, como tampoco lo puede aplicar a Alexandre Herculano⁶². Sí lo son, en cambio, João de Deus, Almeida Garrett, Eça de Queirós, Guerra Junqueiro y, siempre, Oliveira Martins. Del primero de éstos escribe Unamuno: «Juan de Dios Ramos, conocido por João de Deus, el más grande lírico portugués entre los muertos, es, en efecto, intraductible. Es la sencillez suma, y, como decía una vez Guerra Junqueiro, el más grande lírico portugués entre los vivos y uno de los mayores hoy del mundo, ha llegado a las veces a la expresión única. Y ha llegado a ella en pura sencillez. Porque es difícil encontrar nada más espontáneo, más simple, menos artificioso que la lírica de João de Deus. Toda su obra se encierra en un breve volumen (*Campo de Flores*), y aun de él podrían muy bien suprimirse las dos terceras partes; pero lo que queda es un encantador prodigio de gracia, de frescura y de sentimiento»⁶³. Con respecto a Almeida Garrett transcribimos lo siguiente: «El artista [en contraposición a Herculano] fue Almeida Garrett, el hombre 'bruñido', pintado, postizo, tapando la edad, después de haberse inventado el nombre para ahidalgarse»⁶⁴. «Artista suele ser Eça de Queirós»⁶⁵, y siempre el famoso novelista de la «Geração de 70» será considerado por el crítico español un gran artista. Ya hemos hablado suficientemente de los *artistas* Oliveira Martins, el único historiador «verdadamente artista y hasta poeta»⁶⁶, y Guerra Junqueiro⁶⁷.

No obstante, los que hemos presentado en el último grupo, merecen, para el autor de *El Sentimiento Trágico de la Vida*, más dedicación y más interés como agonistas, sarcásticos o patriotas⁶⁸ que como estetas. Por

⁶¹ "Quental es otra cosa. Los famosos sonetos de Antero de Quental —en su patria le llaman Antero a secas, como llaman Camilo a Castelo Branco— son algo huesoso y duro con frecuencia: el elemento conceptual y abstracto aparece muy descarnado, no siempre bien recubierto por la fantasía" (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 189).

⁶² Dice Unamuno haciendo suyas las palabras de Oliveira Martins: "Para él —dice de Herculano Oliveira Martins—, para él, que, como lusitano, nada tenía de artista (prueba, sus novelas) la literatura era una misión y no un diletantismo. El Universo, la Historia, la Sociedad, no se le presentaban como asuntos de estudios sutiles y curiosos, de observaciones finas o profundas, de cuadros brillantes, vivos o conmovedores, sino como objeto de afirmaciones o negaciones, inspiradas por la convicción estoica" (Id., *ibid.*, p. 207).

⁶³ Id., *ibid.*, p. 189.

⁶⁴ Id., *ibid.*, p. 207.

⁶⁵ Id., *ibid.*, p. 208.

⁶⁶ *Doña Felipa de Lancáster*, OC, IV, p. 1341. Es curioso observar cómo es esta la primera vez que Unamuno llama *poeta* al historiador portugués; después de este ensayo (1918) lo repetirá más veces.

⁶⁷ Guerra Junqueiro fue uno de los contados escritores a quien en vida prodigó elogios Unamuno. ¡Y cuántas veces! A cada paso Unamuno elogia, como persona y como artista, al gran vate portugués.

⁶⁸ Unamuno siempre admiró a los verdaderos patriotas y no a los "patrioterros".

eso, son pocos, muy pocos para Unamuno, los escritores artistas en Portugal. Los dos primeros grupos de que hemos hablado anteriormente son los verdaderamente representativos de la literatura portuguesa, de la que «su verdadera edad de oro es la actual»⁶⁹, que para Unamuno comienza en Almeida Garrett y Herculano, es decir, en el Romanticismo. Esto no quiere decir que Unamuno no valore en su justa medida, por ejemplo, a un Camões⁷⁰, uno de los más grandes líricos de la poesía universal. Sin embargo, hemos de repetir una vez más que para el autor de *El Sentimiento Trágico de la Vida* cuentan más los criterios éticos que los estéticos.

De acuerdo con las notas que Unamuno atribuye a sus escritores preferidos (agonismo, portuguesismo y arte, sobre todo los dos primeros), el maestro vasco-salmantino esboza también los caracteres generales atribuibles a la literatura portuguesa, en lo que tiene de específico frente al resto de las literaturas europeas. Estos caracteres, constantes en el quehacer estético-literario lusitano desde los cancioneros galaico-portugueses, son el tono erótico-elegíaco, el dolor y la desesperación.

El tono erótico-elegíaco es característico de la literatura portuguesa desde su nacimiento. «La literatura portuguesa (...) tiene dos notas dominantes, y son la amorosa y la elegíaca. Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios»⁷¹. Elegías son las cantigas de amigo. Elegías son los poemas a la partida o separación, característicos desde que en Portugal se escribió poesía. Elegía, pura elegía, es casi toda la lírica de Camões, al que Unamuno no leyó demasiado (como tampoco leyó con dedicación los cancioneros medievales). Sin embargo leyó —y reflexionó más que nadie— la literatura del siglo XIX, de la que hemos hablado suficientemente y a la que el sarcasmo y la sátira no lograron destruir su honda afiliación pesimista: «La nota zumbona y satírica va en Portugal del brazo con la nota erótico-elegíaca. Parece un pueblo que no sabe sino llorar o burlarse. Y el burlarse suele ser un modo de llorar»⁷².

Patriotas —¡y qué grandes patriotas!— eran Antero, Camilo, Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, Laranjeira..., los grandes agonistas. Patriota fue Unamuno en el más hondo sentido de esta palabra.

⁶⁹ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 189.

⁷⁰ El lírico vasco-salmantino cita varias veces a Camões. No obstante, no lo valora lo suficiente; no lo leyó, sin duda, tanto como a Quevedo, por ejemplo. Quevedo, que fue influido por el gran lírico portugués del Renacimiento. También Camões fue un *agonista* y *portuguesista*, en el sentido que nosotros hemos apuntado, pero Unamuno no lo leyó demasiado.

⁷¹ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 184. Y a continuación pasa a hablar de *Amor de Perdição*, una de las novelas más erótico-elegíacas que se han escrito en la Península Ibérica.

⁷² *Id.*, *ibid.*, p. 190. Y en otro lugar: “Y tiene voces [el portugués] que nos acarician los oídos y la imaginación: *saudades*, *soturno*, *luar*, *nevoeiro*, *mágoa*, *noivado*..., voces cuya alma es intraductible. Y esa lengua engendra una poesía campesina profundamente lírica, erótica o elegíaca, naturalista o soñadora” (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 199).

El dolor aliado a la tristeza es otra de las notas que atribuye —y con razón, diríamos nosotros— a la literatura portuguesa. «El culto al dolor parece ser uno de los sentimientos más característicos de este melancólico y *saudoso* Portugal. En el maravilloso poema *Pátria*, la obra más desigual, pero también la más intensa y más robusta del más grande de sus poetas vivos —y uno de los pocos, poquísimos, que en esta época tan poco poética quedan en Europa toda—, de Guerra Junqueiro, las estrofas más vibrantes son aquéllas en que el condestable Nuno Álvares —cuya vida narró egregiamente Oliveira Martins— invoca al dolor»⁷³. Dolor y tristeza⁷⁴, vigentes desde los albores de la literatura portuguesa, porque Portugal ha tenido y «tiene sed de lágrimas»⁷⁵.

Por lo que se refiere al último de estos caracteres ¿qué otra cosa, sino desesperación, respiran los famosos sonetos de Antero de Quental? Y las cartas de Laranjeira ¿qué son, sino gritos desesperados? Y tantas y tantas páginas de Camilo, Oliveira Martins, Guerra Junqueiro... Los suicidios de los tres primeros no son sino el resultado final —y trágico, desde luego— de la *última* desesperación. Sin embargo, Unamuno, al hablar de la desesperación *portuguesa*, aclara que se trata de un modo estoico de desesperarse, de un modo contenido, resignado: «Ese tono de desesperación resignada, o de resignación desesperada, aparece en cada momento en la literatura portuguesa»⁷⁶. El paradigma de esta desesperación —*desesperada* hasta el suicidio— será Antero de Quental, el de los trágicos sonetos sin retórica: «¿No es acaso la flor amarga de este espíritu [pesimista] la poesía desesperada y dura de Antero de Quental? ¿Encontró acaso alguna vez la desesperación acentos más trágicos, más hondamente poéticos en su rígida armazón metafísica, menos artísticos? La poesía del dolor está en Leopardi templada por el arte, pero el portugués no es artista»⁷⁷.

Estos tres aspectos, a que nos acabamos de referir, van a menudo entrelazados y no es fácil definir su frontera; son complementarios. También Unamuno participó *vitalmente* y profundamente de los dos últimos, por eso siempre amó la literatura de estas características: el dolor fue un tema constante en su creación literaria, y «desesperación resignada» —porque continuó luchando— la suya.

Y como resumen de la visión unamuniana de la literatura portuguesa,

⁷³ Id., *ibid.*, pp. 184-185. Seguidamente Unamuno se refiere a la invención del refinamiento del padecer y a la resignación de este padecer portugués, en *Os Trabalhos de Jesús* y *Constança* respectivamente. Más tarde —y en más de un artículo— hablará del tema de Inés de Castro, siempre relacionado con el dolor.

⁷⁴ «Ese tono de tristeza, ya os lo dije otra vez, es característico de la literatura portuguesa» (Id., *ibid.*, p. 190).

⁷⁵ «Parece mentira la popularidad de que este novelista [Pérez Escrich], olvidado ya en España, goza en Portugal. Es, sin duda, porque les hace llorar, y Portugal tiene sed de lágrimas» (Id., *ibid.*, p. 239).

⁷⁶ Id., *ibid.*, p. 190.

⁷⁷ Id., *ibid.*, p. 207.

nos vamos a detener en dos puntos, uno interno y otro externo al autor de *Por Tierras de Portugal y de España*:

1) Comparando la literatura portuguesa de la época —la que Unamuno más leyó— con la española, aquélla le parece superior: Camilo y Eça de Queirós son más profundos que cualquiera de los españoles⁷⁸; Guerra Junqueiro es uno de los más grandes poetas de Europa⁷⁹; Oliveira Martins es el único historiador artista de la Península⁸⁰, etc.

2) En este segundo punto nos vamos a fijar en algo externo a Unamuno. Si después de medio siglo meditamos en el acierto o desacierto del *sentidor* español y lo comparamos con las preferencias críticas de hoy, veremos —corroborando lo que hasta ahora hemos sugerido— que las actitudes crítico-literarias del agonista español son más vitales que estéticas, más éticas que estilísticas, más humanas que preciosistas. Y para hacer esta comparación nada mejor que el cotejo de la crítica unamuniana con la de acreditados escritores portugueses de hoy. En 1970 un prestigioso diario de Lisboa⁸¹, en su sección literaria, publicaba una encuesta a la que respondían diez escritores portugueses —ensayistas, poetas y novelistas—, que debían pronunciarse sobre las diez obras que, a lo largo de un siglo (1870-1970), juzgaban más importantes teniendo en cuenta los aspectos temáticos y estilísticos⁸².

Nueve de los encuestados eligen a Fernando Pessoa —su obra completa o alguna de ellas— como el más característico del último siglo⁸³. Le sigue Eça de Queirós con siete votos, del que se destaca su obra *Os Maias*⁸⁴. Antonio Sérgio, Raúl Brandao y Cesario Verde obtuvieron seis

⁷⁸ “Y ¿cómo este hombre [Camilo Castelo Branco], tan representativo y tan fecundo, es entre nosotros tan desconocido? ¿Le llegará, aunque tarde, su día, como le ha llegado a Eça de Queirós, superiores uno y otro en intensidad y en profundidad a cualquiera de nuestros novelistas españoles contemporáneos?” (Id., *ibid.*, p. 191).

⁷⁹ “... como me decía una vez Guerra Junqueiro, el más grande lírico portugués entre los vivos y uno de los mayores hoy...” (Id., *ibid.*, p. 189); “En el maravilloso poema *Pátria*, la obra más desigual, pero también la más intensa y más robusta del más grande de sus poetas vivos —y uno de los pocos, poquísimos, que en esta época tan poco poética quedan en Europa toda—, de Guerra Junqueiro...” (Id., *ibid.*, p. 184).

⁸⁰ Ya hemos hecho suficientes citas a propósito del gran historiador.

⁸¹ Apud “La Estafeta Literaria”, núms. 444-445, 1 de junio de 1970, Madrid, pp. 41-42.

⁸² Los escritores en cuestión eran: Antonio Quadros, Augusto Abelaira, D. Mourão-Ferreira, E. Prado Coelho, E. M. de Mello e Castro, Fernando Namora, João Palma-Ferreira, J. Cardoso Pires, Liberto Cruz y Natalia Correia.

⁸³ Parece que Unamuno no conoció a F. Pessoa (1888-1935), cuyos poemas, excepto *Mensagem*, se publicaron después de la muerte de ambos. Sin embargo, por intermedio de Teixeira de Pascoaes, recibía el crítico salmantino *A Águia*, en la que a veces escribía Pessoa. También conoció “Orpheu” (Cf. p. 143).

⁸⁴ Ya hemos visto cómo Unamuno considera un gran escritor al autor de *Os Maias*.

votos⁸⁵ y José Régio cuatro⁸⁶. Tres de los consultados mencionan a Oliveira Martins, Camilo Castelo Branco, Aquilino Ribeiro y Camilo Pessanha⁸⁷. Sólo dos menciones obtuvo Antero de Quental, al igual que Mario de Sá Carneiro, José de Almada Negreiros, Mario Cesariny de Vasconcelos y Vitorino Nemésio⁸⁸. Con un voto aparecen Teixeira de Pascoas, José Cardoso Pires, Antonio José Saraiva, Alves Redol, etc.

Como se puede comprobar a simple vista, las preferencias estéticas de Unamuno andaban bastante alejadas de las de los críticos de hoy. No obstante, tenemos que pensar que Unamuno-crítico no juzga las obras literarias como manifestaciones estéticas en primer lugar, sino como expresión vital y espiritual, individual o colectiva; o lo que es lo mismo —y lo repetimos una vez más—, para él cuentan más los principios éticos que los estéticos. Esta es razón suficiente, según las categorías unamunianas, para explicarnos sus preferencias literarias. Podemos, sin embargo, dar otras razones más generales, aunque insistimos que, dada la personalidad de Unamuno, la que hemos apuntado es suficientísima.

En primer lugar, Unamuno no tenía la perspectiva cronológica de los críticos de hoy. El, en este caso, escribía sobre obras y autores contemporáneos o casi contemporáneos.

Un segundo aspecto es que la crítica unamuniana es obra de un solo lector, mientras que en la encuesta que hemos comentado eran diez los ensayistas preguntados.

Como tercer elemento aportamos lo que el propio Unamuno dice a propósito de la crítica ejercida por un extranjero: «He pensado muchas veces en lo interesante que sería trazar lo que podríamos llamar la tabla de los valores del mérito literario o artístico de los literatos o artistas de un país dado, tal como lo forman sus connaturales y tal como lo forman los extranjeros que los conocen. Si aquí en España, por ejemplo, o en Francia, se consiguiera hacer una especie de sufragio entre gentes de letras y aficionados, estableciendo la jerarquía de nuestros escritores o de los suyos, y luego se pidiera esa misma determinación jerárquica a ingleses, alemanes, italianos, etc., conocedores de la literatura francesa, o en el otro caso, de la española, habría de sorprenderles, sin duda, la alteración de los valores»⁸⁹.

⁸⁵ Antonio Sérgio es citado en una ocasión por Unamuno y de aquél se conservan en la biblioteca de éste los *Ensaíos*. Sin embargo, no mereció del español ningún elogio. Nunca cita Unamuno a Raúl Brandão ni a Cesario Verde.

⁸⁶ También parece que desconoció Unamuno a José Régio.

⁸⁷ Dos de los más grandes escritores portugueses, según Unamuno —Oliveira Martins y Camilo—, sólo obtuvieron dos votos. A Aquilino Ribeiro le cita en 1935 y a Camilo Pessanha lo desconoce.

⁸⁸ De este grupo solamente conoció Unamuno a Vitorino Nemésio, del que se conservan, en la biblioteca de aquél, trece interesantísimas cartas.

⁸⁹ *Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, pp. 186-187.

Terminamos nuestro estudio de la literatura portuguesa en Unamuno con las palabras de un gran lusitanista, el historiador y crítico inglés Aubrey Bell, que dedicó casi por entero su vida al estudio de las dos grandes literaturas peninsulares dice que «las letras portuguesas, la literatura de este país, es la mayor que produjo⁹⁰ un pueblo pequeño a excepción de Grecia».

ANGEL MARCOS DE DIOS

⁹⁰ Nosotros podemos añadir que *es la mayor que produce un pueblo pequeño actualmente*. Y llamamos la atención del lector español con unas consideraciones del gran enamorado español de Portugal: "Aquí, en España, no es la literatura portuguesa todo lo conocida y apreciada que debería ser, aun siendo las dos lenguas tan afines que sin gran esfuerzo podemos leer el portugués. Diferénciase del castellano mucho menos que el catalán y, sobre todo, el portugués escrito" (*Por Tierras de Portugal y de España*, OC, I, p. 188).